

En San Andrés y Providencia

Al norte de nuestras costas marítimas del Atlántico y a una distancia cierta de 420 millas está situado el archipiélago de San Andrés y Providencia, porción de la patria casi desconocida para los colombianos. La mayoría de las gentes, se figuran que las dos islas son algo así como dos islotes, desde cada uno de los cuales se observa el otro, con tanta proximidad que sus habitantes pueden hasta inteligenciarse por medio de gritos o señales. Magno error. La distancia que separa las dos islas, es de 89 kilómetros 300 metros.

Nada tan equivocado, tan lejos de la realidad encantadora, como la idea que se tiene de estas regiones, en las que quienes tienen la fortuna de visitarlas experimentan una alegría tan sana y tan dulce que equilibra con ventaja las penalidades del viaje trocando en realidad aquello de que "lo delicioso no es viajar sino haber viajado".

La isla de San Andrés, es la primera que se encuentra cuando se viaja desde Cartagena, ventana de nuestra soberanía en el Caribe, con la cual efectúa desde el cierre de los puertos panameños todas sus transacciones económicas que se reducen a la venta de sus productos. De San Andrés, salen anualmente más de una decena de millones de cocos, fruto de las 716.796 palmas que según estadística reciente forman el total de las plantaciones; algunos centenares de miles de naranjas, de mangos y aguacates y muchas libras de carey.

Es lástima que por la clausura de los puertos panameños, pierdan los pobladores de las islas la casi totalidad de sus cosechas, ya que debido a los insuficientes medios de transporte de que disponen, el llevarlos a Cartagena, es casi imposible, pues un mal tiempo o una calma que se presenten en la travesía, ocasionan por la demora natural la descomposición de toda la fruta. Quienes han tenido oportunidad de comer las naranjas o los aguacates del archipiélago, saben como yo que podrá haberlos iguales, pero mejores jamás....

Si en nuestro país existiera un espíritu de verdadero progreso que se interesara por el turismo, ya las islas figurarían en la ruta internacional y serían uno de los lugares más visitados por los turistas del mundo. Porque efec-



Playa de San Andrés

tivamente, pocos lugares tan dignos de conocerse: paisajes naturales de belleza extraordinaria; playas extensas donde el mar es una descomposición del iris y tiene todo el cambiante multicolor en una armonía de tonos sorprendente. Qué bella es la tarde en San Andrés! Qué amaneceres más hermosos! Qué mar tan embrujador, tan lleno de misterios y de tradiciones!

La escollera natural que protege la isla, y le asegura su existencia, es silenciosa. Nada turba en aquella apartada región el encanto de la vida verdadera, de la que deja alguna huella y que, como dice el escritor belga, sólo está hecha de silencio. Hasta los mismos "morenos", que son en todas partes, chillones y escandalosos, en el archipiélago sonríen y hablan discreta y suavemente. Tal la razón para llamar a las islas, *las islas de la vida silenciosa*.

Todo invita a soñar en aquellos paraísos. Magnífico y azul el mar, entura y abraza la fronda cercana, porque los limoneros y los mangos, y las palmeras, los árboles todos, confunden su rumor con el rumor de la ola que muere sin estrépito entre las propias raíces perfumadas con los azahares que las cubren amorosos.

Tanto en San Andrés como en Providencia —en esta última apenas iniciada—, existen blancas y limpias carreteras por donde cruzan, dando la sensación del progreso, los poquísimos automóviles que se han introducido. En San



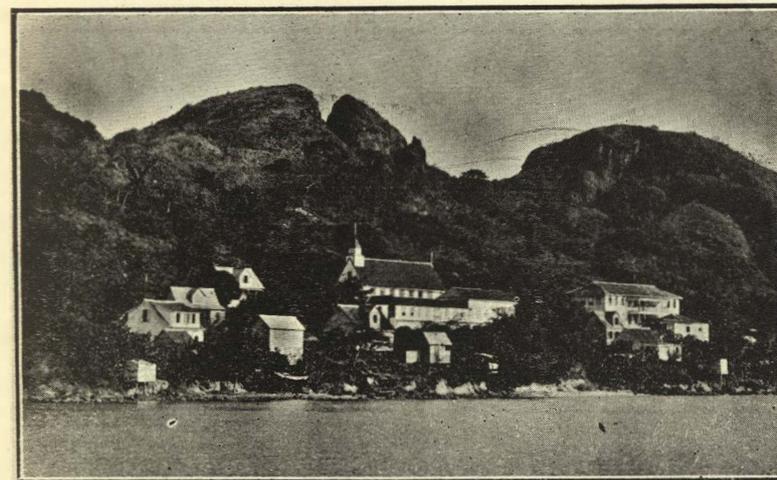
Otra playa de San Andrés

y de árboles frutales y silvestres, terminando en el mar, en el pequeño puerto de San Luis.

Palmas, ramas, flores y verdura en general, en serie inacabable, solo interrumpida por una que otra casita primorosamente adornada, en cuyas puertas ponen singular alegría los vistosos atavíos de las "morenas" cuyos dientes resplandecen maravillosamente al sonreír, es el paisaje general del archipiélago.

Es en estas islas, donde según las tradiciones, en el claro silencio de las horas tranquilas que allí se viven siempre, que unos hombres de otras razas, portadores de la depredación y de la muerte, al mando del inverosímil capitán de piratas, Enrique Juan Morgan, solían llegar cargados de tesoros, botines de guerra y de pillaje, para repartirlos y esconderlos con tranquilidad. Y como el mar, en el archipiélago, duerme con una serena y contagiosa calma azul, y el aire siempre es quieto y tranquilo y el sol benigno, aquellos formidables depredadores, con la mirada siempre puesta en la aventura, solían descansar allí. Pienso que esta actitud de los piratas, era solo la consecuencia lógica de la placidez que se respira, porque cuando se llega al archipiélago, se apodera del alma la embrujadora saudade del ensueño que tiene allí su sede.

Las mujeres visten con suelta elegancia. Hay muchas

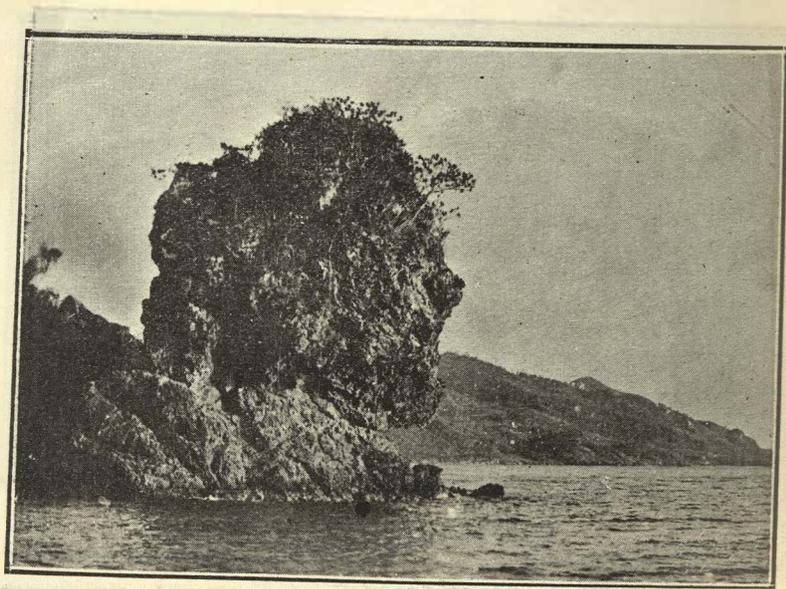


Vista parcial de Providencia

de ojos verdes que han copiado largamente el mar, como aquellas de que nos habla Lorraine. Pero la sagacidad que se observa en su mirada, trae inmediatamente al recuerdo de la raza mezclada de que proceden, que resalta mejor en sus cabelleras apretadas de tonos "mechicolorados".

En Providencia, la más pequeña de las dos islas mayores del archipiélago, a la entrada de la bahía, hay una especie de *menir* que el pueblo llama la *cabeza de Morgan*. Tiene efectivamente este peñasco la forma de una cabeza humana y posiblemente por las circunstancias de haber sido la isla tantas veces visitada por el célebre bucanero, la fantasía popular la ha designado así con el nombre de su más famoso morador. Hay muchas leyendas sobre los tesoros del aventurero. Miles de expediciones se han organizado para localizar los codiciados tesoros, pero siempre han tenido todas un resultado perfectamente negativo. Son muchas las cuevas y los parajes subterráneos que se descubren en la isla, que es toda montañosa y escarpada, a donde han ido a explorar los buscadores de la que en imaginación de las gentes es fantástica fortuna, sin haber conseguido nunca nada.

Los nativos a quienes se pregunta por tradiciones anecdóticas, siempre —cuando son más o menos eruditos—, traen a cuento la historia de Morgan. Pero no hay nada concreto. Ni siquiera un solo hecho real, mantenido por la



“Cabeza de Morgan” (Providencia)

tradición a través de los tiempos puede servir de base para una investigación histórica. Todo se reduce a decirle a quien pregunta: “Aquí era la sede de Morgan”. “Aquí repartía su botín”. “Aquel cañón que está en el cerro era de Morgan”, etc. Nada más. Pero estas frases cortas penetradas hondamente en el corazón de los naturales, logran hacer en sumo grado interesante a Providencia. Uno mismo, desprevenido y hasta hostil, se siente cuando las escucha, ligado al pasado tan lleno de vicisitudes y de peligros del famoso aventurero.

Pero no es la de Morgan, la única leyenda de Providencia. Hay algo más, que si llega a aclararse y confirmarse, puede más tarde convertirse en la primera atracción de las islas.

En la corta, torcida y empinada carretera con que intenta el gobierno atravesar el interior de Providencia, entre los kilómetros 1 y 2, hacia el poniente, se levanta un viejo caserón de anchos portales y muros cenicientos, donde es fácil observar en las ruinas de las columnatas la costra añosa de los tiempos y la severa majestad de los paredones. Es austera la sencillez de su construcción. Nadie puede pensar al contemplarlo que él con su aspecto casi medieval fue el retiro, el asilo o la cárcel —quién sabe—



Otra vista de Providencia

de un extraño personaje. A nosotros nos llamó poderosamente la atención y le pedimos a nuestra gentil compañera y guía por la isla, Herminia Archibol, una explicación.

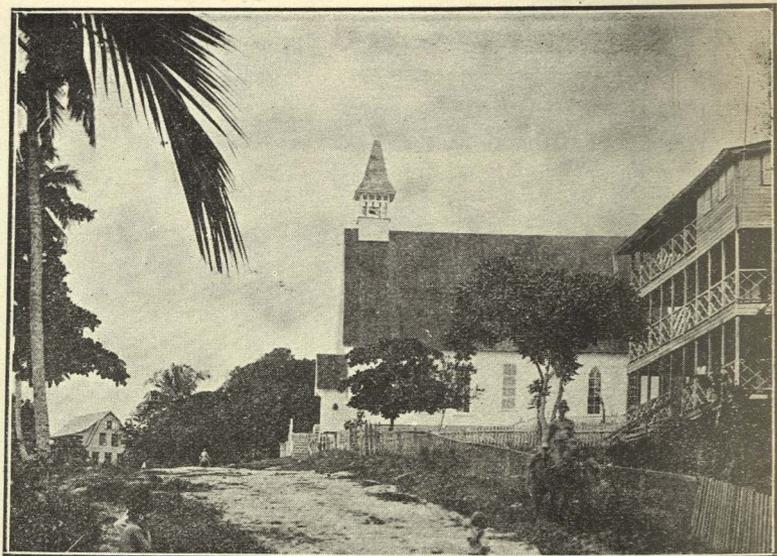
—En esa casa, nos dijo, vivo yo. Si quieren conocerla —que bien vale la pena—, vengan esta noche a comer con nosotros y se la enseñaré.

Con los representantes Julio César Delgado y Luis Alberto Jiménez, asistimos complacidos a la invitación de nuestra “cicerone”.

Ya cuando el sol doraba la verde colina donde se asienta la casa, llegamos a donde habita Herminia. Lo primero que nos llamó la atención, fue la escalinata de piedra labrada que a ella conduce, que tiene más de cien metros de largo, cuya sola construcción, delata que quien la ideó era un artista y un científico, y que es una cosa verdaderamente sorprendente en tales parajes, en que todas las edificaciones son de madera.

Herminia nos recibe con su afabilidad de siempre. Lo primero que sorprende gratamente nuestra vista, a la entrada al espacioso “hall”, son dos sillones antiguos, de sólidos brazos de cuero repujado primorosamente. Al inquirir sobre su procedencia, nos dice la gentil anfitriona:

—Eran del Príncipe.



La iglesia de Providencia

—¿Qué príncipe?—le preguntamos.

—Esta casa fue de un príncipe europeo, quien llegó hace ya largo tiempo a vivir entre nosotros —nos contesta—. El la construyó. Solo después de su muerte es que hemos sabido que era un príncipe. Aquí murió y dejó una hija que es la dueña de la casa.

(Este hombre —pienso y lo digo a mis compañeros—, bien puede que haya sido el famoso Juan Orth, archiduque austriaco que salió de su país ocultamente y cuyo paradero se ha ignorado siempre).

—Cómo supieron ustedes que era un príncipe, preguntó a Herminia.

—Por los papeles que su hija tiene.

Poco después apareció la hija del príncipe. Es una mujer de aspecto europeo, por su vestido, pero con algo de sangre mezclada. Interesante, efectivamente interesante. La naturaleza la hizo misteriosa. Es una mujer que mira con asombro cándido y suave que atrae inmediatamente las simpatías. Tiene una palidez impecable y exquisita.

A su vista, nos acometen tan diversos sentimientos, tantas ansias de saber todo el misterio de esa vida, que apresuradamente solo podemos balbucir unas palabras de súplica para que nos envíe copia de esos papeles que guarda

con cuidadoso esmero entre unos anaqueles llenos de escudos.

Con Delgado y Jiménez, nos sentimos presos en el alto ensueño de esa vida misteriosa y grave. Vida contradictoria, cuya identidad quisiéramos averiguar inmediatamente. Pero... han sonado las diez y a esa hora debe zarpar nuestro motovelero para Panamá. No hay más remedio. Tenemos que despedirnos. Sólo tenemos tiempo para rogarle una vez más, que nos escriba enviándonos copia de aquellos documentos. Así nos lo vuelve a prometer.

Ya sobre la cubierta del motovelero, mientras la quilla rompía las encrespadas olas, pensámos en la historia extraordinaria de aquel archiduque perteneciente a la histórica casa de los Habsburgos, a quien pudiera ser le hubiera tocado en suerte venir a dejar en una remota y perdida isla del mar Caribe el venero de su aristocracia azul.

En la playa se oían las voces del alcalde y de los amigos que vinieron a despedirnos. Y allá a lo lejos, en la empinada escarpa, donde queda el que fuera último retiro del príncipe de leyenda y a donde poco antes dejáramos la trágica distinción de esa mujer sacrificada en el retiro de su cascna, brillaba una luz.....

EDUARDO DE HEREDIA

